

QUEVEDO EN LA LEXICOGRAFÍA ESPAÑOLA

Agradezco muy sinceramente a los organizadores de esta edición de Edad de Oro la invitación para participar en ella. El tema de este año brinda una excelente oportunidad para la colaboración entre historiadores de la lengua e historiadores de la literatura, para el encuentro fructífero en un terreno, el de la Filología, que nunca debería dejar de ser común. Dentro de él, me interesa especialmente el estudio histórico del léxico y la lexicografía, y en ese ámbito se va a situar mi intervención.

Yo no sé si los quevedistas asentarán hoy de forma unánime al dictamen borgesiano de que la grandeza de Quevedo es fundamentalmente verbal, pero en lo que sí parece fácil el acuerdo es en la necesidad de conocer lo mejor posible el léxico de aquel conspicuo prestidigitador de las palabras. Son, para ello, sumamente útiles los repertorios exhaustivos de autor, sobre los que, por lo que hace a don Francisco, al final querría decir algo. Y creo que aún hay campo abierto a investigaciones monográficas si se profundiza —como ya se ha hecho— en la línea marcada por el excelente trabajo que don Emilio Alarcos García dedicó, hace casi medio siglo, a la creatividad léxica del autor del *Buscón*¹.

Ahora bien, mi acercamiento al léxico quevediano va a ser más bien indirecto, y desde luego limitado, pues lo que me interesa abordar es su repercusión lexicográfica: su presencia y su huella en los diccionarios españoles y en parti-

¹ «Quevedo y la parodia idiomática», *Archivum*, V (1955), págs. 3-38; reproducido en *Homenaje al Excmo. Sr. Dr. D. Emilio Alarcos García. I. Selección antológica de sus escritos*, Valladolid: Universidad de Valladolid, 1965, págs. 443-72. Es esencial también I. Arellano Ayuso, *Poesía satírico burlesca de Quevedo*, Pamplona: EUNSA, 1984, especialmente págs. 201-7.

cular en los de la Academia. Creo que se capta el interés que pueda tener el tema con solo anticipar que, según mis cálculos, Quevedo es el autor más citado en el *Diccionario de autoridades*. No hay que ponderar la trascendencia que ello tiene, resultante del peso decisivo que aquella magna obra ha tenido en toda la lexicografía posterior, es decir, tanto en los diccionarios de la Academia como en sus numerosísimos deudores.

LOS ORÍGENES

Naturalmente, el primer diccionario monolingüe español, que es también el primer diccionario extenso que se publica de una lengua moderna, el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias, publicado en 1611, no podía aún tener en cuenta, por razones cronológicas, la producción quevediana. Covarrubias sólo parcialmente es coetáneo de Quevedo: publica su *Tesoro* al final de su vida, y muere no mucho después de darlo a luz. Por otra parte, no es propiamente el suyo, como se sabe, un diccionario «de autoridades», aunque ocasionalmente cite en él textos españoles (junto a muchos otros latinos, griegos, etc.). Lo que el autor pretendía era ofrecer un diccionario etimológico, objetivo que compartía con el médico cordobés Francisco del Rosal, autor de un manuscrito que diez años antes había quedado inédito, su *Origen y etymología de todos los vocablos originales de la lengua castellana*.

Pues bien, si he querido comenzar refiriéndome a estas dos obras ha sido no sólo por remontarme a los orígenes de nuestra lexicografía monolingüe, sino para señalar que los comienzos de las relaciones entre Quevedo y la lexicografía española no fueron precisamente buenos, y no por culpa de la lexicografía, por cierto, sino por culpa de Quevedo, que en el *Cuento de cuentos* lanza un duro ataque contra los etimólogos en general, y contra el diccionario de Covarrubias, aunque sin nombrarlo, en particular:

En el origen della [de «la habla que llamamos castellana y romance»] han hablado algunos linajudos de vocablos, que desentieran los huesos a las voces, cosa más entretenida que demostrada, y dicen que averiguan lo que inventan.

También se ha hecho tesoro de la lengua española, donde el papel es más que la razón, obra grande y de erudición desaliñada².

El segundo de estos dos párrafos se dirige sin duda contra Covarrubias. No estaba don Francisco desasistido de razones, pues es verdad que la etimología, incluso hoy en día, ha dado con frecuencia en ser «cosa más entretenida que

² *Obras festivas*, ed. P. Jauralde, Madrid: Castalia, 1981, pág. 150.

demostrada». Y la imagen de los etimólogos (o «linajudos de vocablos») ocupados en «desenterrar los huesos a las voces» es, como tantas veces las de Quevedo, muy brillante. También es cierto que la «erudición» de Covarrubias, si no «desaliñada», es a veces excesiva. Sin embargo, vistas las cosas en conjunto y desde una perspectiva histórica, esta descalificación del *Tesoro* resulta bastante injusta.

EL *TESORO* DE JUAN FRANCISCO DE AYALA MANRIQUE

Antes de llegar al siglo XVIII y a la fundación de la Real Academia Española, hemos de detenernos en un diccionario inconcluso, poco conocido y en cierto modo inédito (enseguida explicaré por qué digo *en cierto modo*). Me refiero al titulado *Tesoro de la Lengua Castellana, en que se añaden muchos Vocablos, Etimologías y Advertencias sobre el que escribió el Doctísimo Don Sebastián de Cobarruvias*. Su autor fue don Juan Francisco de Ayala Manrique, que afirma haber iniciado la obra el 8 de mayo de 1693, y que, desgraciadamente, no la terminó ni publicó (desalentado acaso por la aparición de *Autoridades*, que llegó a conocer). De este diccionario manuscrito, una especie de borrador, solo se nos ha conservado un tomo, que llega hasta la C³ y que, por haber sido aprovechado por Gili Gaya en los artículos correspondientes de su utilísimo, y también inacabado, *Tesoro lexicográfico*, no está, en rigor, inédito, sino diseminado a lo largo del único tomo aparecido de esta obra, que abarca hasta la letra E⁴.

Lo que avalora el intentado diccionario de Ayala es que supone un avance técnico en el camino que conducía a *Autoridades*. Concebido, tal como refleja su título, como una especie de suplemento o conjunto de adiciones al *Tesoro* de Covarrubias, su principal mérito es que, para ejemplificar las palabras y acepciones recogidas, convierte la cita de textos en práctica habitual.

Pues bien, lo que nos interesa señalar aquí es que el autor más citado por Ayala es, con mucho, Quevedo, y muy especialmente el Quevedo poeta. Téngase en cuenta que a fines del XVII nuestro lexicógrafo puede disponer ya de los dos conjuntos fundamentales, póstumos ambos, de poemas quevedianos: *El Parnaso español*, de 1648, y *Las tres musas últimas castellanias. Segunda cumbre del Parnaso español*, de 1670. Ayala leyó con atención estas obras y las aprovechó masivamente para su diccionario. Las cifras son abrumadoras, pues, según los recuentos de Dolores Azorín, en las tres únicas letras de este *Tesoro* manuscrito se cita a Quevedo 577 veces, cifra a la que siguen, de lejos, las 379 ocasiones en

³ Biblioteca Nacional, Ms. 1324.

⁴ El manuscrito de la obra de Ayala también se puede consultar en *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española*. Edición en DVD, Madrid: Real Academia Española, 2001.

que se aducen textos de la *Recopilación de las leyes del Reino*⁵. He aquí ya a Quevedo entronizado como un clásico, al menos para la lexicografía.

Pero veamos algún ejemplo concreto. Tomemos la palabra *biombo*. Este vocablo es uno de los escasos japonesismos del español, aunque resulta difícil determinar si entró directamente del japonés en nuestra lengua o si lo hizo por conducto del portugués. En cualquier caso, es un japonesismo relativamente antiguo. Si consultamos la obra a la que, a falta de un diccionario histórico, suele acudir para datar palabras españolas, que es el diccionario de Corominas, nos encontramos con que se nos da en él como «1ª documentación» de *biombo* la fecha 1684. ¿De dónde saca este dato Corominas? Evidentemente, del *Diccionario de autoridades*, donde, en efecto, se incluye la palabra acompañada de un texto de la *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís, que es, justamente, de aquel año, 1684. A la definición, muy precisa («especie de mampara hecha de tela o papel pintado de colores, que sostenida de bastidores unidos por medio de los goznes, se cierra, abre y despliega según la necesidad», etc.), añade *Autoridades* este comentario: «Es alhaja que nos vino modernamente de la China o Japón, y con ella el nombre».

Estamos ante uno de los muchos casos en que se comprueba cuán arriesgado es aceptar sin más como «primera documentación» de una palabra española el testimonio ofrecido por *Autoridades*. En un trabajo sobre algunos japonesismos antiguos del español, el profesor Juan Antonio Frago ha mostrado que la palabra *biombo* entró en nuestro idioma a través de la Nueva España, gracias al comercio que desde Acapulco se hacía con el lejano Oriente⁶. Examinando textos y documentos relativos a ese comercio que se contienen en un apasionante libro de Juan Gil⁷, Frago ha encontrado el vocablo, en español, mucho antes de lo que creíamos: en 1609, en una obra impresa en México⁸.

Frago encuentra *biombo* en la península cuarenta años más tarde: en un inventario sevillano de 1649 (casi otros cuarenta años anterior, como se ve, al

⁵ «Tras las huellas de Covarrubias: las ampliaciones y desarrollos del *Tesoro de la lengua castellana o española*», en *Los diccionarios del español en su perspectiva histórica*, Alicante: Universidad de Alicante, 2000, pág. 155. Después de Quevedo y la *Recopilación* se sitúan, a gran distancia, Boscán (48 citas), Garcilaso (34) y Góngora (29).

⁶ «Japonesismos entre Acapulco y Sevilla: sobre *biombo*, *catana* y *maque*», *BFUCh*, XXXVI (1997), págs. 101-18. Véase también J. Casares, «Biombo», en *Divertimentos filológicos*, Madrid: Espasa-Calpe, 1947 (2ª ed.), págs. 41-4.

⁷ *Hidalgos y samuráis. España y Japón en los siglos XVI y XVII*, Madrid: Alianza, 1991.

⁸ *Los Sucesos de las islas Filipinas*, de Antonio de Morga; también en una *Relación del Japón*, del mismo año, debida a Rodrigo de Vivero, y, finalmente, en un documento de 1614. En los tres casos la palabra aparece con la forma *biobo*, más cercana a la japonesa *byōbu*. Corominas duda si la nasalización se produjo en boca de hablantes portugueses o si se debe a una pronunciación dialectal japonesa. Frago no cree necesario acudir al portugués para explicar la entrada de la palabra en español, y tiene razón en lo que demuestra, lo que no obsta para que el triunfo de la forma con nasal sí sea verosíblemente achacable a influjo portugués.

texto de Solís citado por *Autoridades* y aprovechado por Corominas). Pues bien, si consultamos el *Tesoro* de Ayala Manrique nos encontramos con que está en él la palabra *biombo*, y está porque el lexicógrafo tiene un texto con que avalarla, un texto, precisamente, de Quevedo. Perteneció a un romance en que «Celebra la nariz de una dama» y que no parece fácil fechar, pero que, desde luego, será, como mínimo, anterior a la muerte del poeta en 1645, y por tanto anterior a aquel inventario sevillano de 1649. El texto, refiriéndose a las narices, dice así:

Si no sois rayos del sol,
ni el oriental embeleco,
sois biombo de los rostros,
de la frente, balsopetos⁹.

Y no es esto todo. Quevedo emplea la palabra *biombo* en otra ocasión más, en su conocido y cruel poema satírico contra don Juan Ruiz de Alarcón: burlándose de su joroba, se refiere a él como «hombrecito de biombo» (III, pág. 254). Con la ventaja, en este caso, de que se trata de un texto más fácilmente datable, pues podría ser de hacia 1623, fecha en que la participación de Alarcón como cronista de unos festejos motivados por la visita a Madrid del Príncipe de Gales dio lugar a que se escribieran numerosas sátiras contra el vate mexicano. En cualquier caso, lo que demuestran estos dos textos de Quevedo es que por esos años el *biombo* era ya un objeto lo suficientemente conocido como para que don Francisco se sirviera de la palabra al describir jocosamente una nariz o una joroba¹⁰.

Veamos algún otro caso en que Ayala cita a Quevedo. En el artículo *amargo* incluye una acepción que define así: «En estilo rufanesco, lo mismo que galán o amigo». La ilustra con un texto de un romance quevediano en que un tipo, Moja-gón, sorprende a su querida con otro:

Moja-gón, hecho de hieles,
como quien era su amargo,
reventando de marido,
los halló juntos a entrambos.
(III, pág. 41.)

⁹ *Obra poética*, ed. J. M. Blecua, II, Madrid: Castalia, 1970, pág. 260; todas las citas de la poesía de Quevedo se darán por esta edición, indicando tomo y página. Curiosamente, el texto que citamos lo aduce *Autoridades* s. v. *balsopeto*; en cambio, no se seleccionó para *biombo*.

¹⁰ Por esas mismas fechas emplean también la palabra Castillo Solórzano («Aquí miraua del Cielo / los estrellados Biombos / a donde tantas figuras / han fingido los Astrólogos», *Donayres del Parnaso. Segunda parte*, Madrid, 1625, fol. 8v^o) y Tirso de Molina («Los biombos de estas ramas, / ya romeros, ya retamas, / te encubran», *La firmeza en la hermosura* [c1629], NBAE IX, pág. 352b).

Pues bien, gracias al *Diccionario histórico de la lengua española* (DHLE) sabemos que este texto es único para esa acepción. Sólo Ayala, y el propio *Diccionario histórico* basándose en él y en la cita de Quevedo, la han registrado.

Otro vocablo adscribible a la jerga rufianesca nos presenta una situación parecida. Me refiero al verbo *añusgar*, que Ayala define como «poner ceño» y para el que cita el siguiente texto de Quevedo, perteneciente a un romance en que dos matones se desafían con la mirada y de palabra:

Él me dijo: «¿Qué me añusga?».
Yo le dije: «¿Quién le mete?».
(III, pág. 45.)

Y acto seguido se enzarzan en una pelea. DHLE define esta acepción con más precisión que Ayala: no sería tanto «poner ceño» como, mejor, «mirar con recelo o enojo». Y el mismo diccionario puede añadir otro texto más para esta acepción, también de Quevedo, y perteneciente esta vez a ese prodigio de virtuosismo lingüístico que es el *Poema heroico de las necedades y locuras de Orlando*: «Añusga Ferragut, atisba Orlando...» (III, pág. 435).

Si confiamos en la riqueza de la documentación del DHLE (y hay motivos suficientes para hacerlo), nadie aparte de Quevedo habría empleado nunca este verbo, *añusgar*, en esa acepción de ‘mirar con recelo o enojo’. Esto, que puede parecer extraño, es relativamente frecuente si se consultan con atención las páginas de aquella obra. Hay no pocas palabras y acepciones que se documentan una sola vez, o, como en este último caso, mediante un corto número de textos de un solo autor. Y es obvio que Quevedo, por la peculiaridad de su estilo, por su propensión a la inventiva verbal y semántica, es candidato a protagonizar con especial frecuencia este tipo de situaciones. Mas no es el único, ni de su época ni de la literatura española en su conjunto. La reflexión a la que invitan las páginas disponibles del *Diccionario histórico* es más bien, me parece, la de la extraordinaria riqueza, espacial y temporal, culta y popular, de la lengua española en su desenvolvimiento histórico. Es algo que no podremos llegar a valorar plenamente mientras no dispongamos del inventario exhaustivo de toda esa riqueza.

De momento, lo que quería subrayar con estos ejemplos es el esfuerzo de aquel oscuro don Juan Francisco de Ayala Manrique por incorporar a Quevedo a la entonces naciente tradición lexicográfica española. Tuvo buen olfato para registrar algunos usos que, tres siglos después, el más riguroso diccionario de nuestra lengua ha venido a corroborar.

EL *DICCIONARIO DE AUTORIDADES* (Y SU DESCENDENCIA)

Llegamos así al siglo XVIII¹¹, al momento en que asistimos a la gran proeza de la lexicografía española: la publicación del *Diccionario de autoridades*. Me es forzoso recordar una vez más lo archisabido: que esa obra es el fundamento del diccionario común de la Academia en todas sus ediciones, de la entera serie que se inicia en 1780 y llega hasta hoy mismo, hasta la 22ª edición (2001). Y que, dada la absoluta hegemonía de la lexicografía académica sobre la extra-académica (o, si se prefiere, la extrema dependencia de esta respecto de aquella), puede decirse que el *Diccionario de autoridades* está en la base de toda la lexicografía española.

Circulan algunas ideas desenfocadas acerca de aquella obra y los textos que cita. Se suele dar de *Autoridades* la imagen de algo parecido a un panteón de los escritores del Siglo de Oro, y hay quien, acaso desorientado por el título, lo tiene por obra realizada desde criterios restrictivos y puristas. No hay tal. El primer *Diccionario de la lengua castellana* de la Academia se hizo con criterios muy abiertos, mucho más que los que habrían adoptado la Academia francesa o la florentina de la Crusca. Un recuento exhaustivo de los textos que en él se citan depararía no pocas sorpresas: por supuesto que dominan los textos literarios, pero también hay muchos de carácter no literario. Y naturalmente que abundan los textos de los siglos XVI y XVII —no podía ser de otro modo—, pero también se citan muchas obras medievales y no pocas fuentes coetáneas, de los primeros años del siglo XVIII mismo. Es, en fin, un diccionario bastante abierto a los regionalismos y a lo que hoy llamamos variedades diastráticas: al lenguaje bajo, plebeyo y hasta vulgar (aunque se omitan, eso sí, las palabras «que significan desnudamente objeto indecente»¹²); y también a las jergas, señaladamente a la del hampa que se conoce con el nombre de *germanía*, tan presente, por cierto, en algunos textos quevedianos. Aunque —todo hay que decirlo— tal vez la Academia no debería haber catapultado tan alegremente como lo hizo todo el léxico de germanía contenido en el célebre *Vocabulario* de Juan Hidalgo. Mas dejemos aquí esta cuestión, en la que no puedo detenerme.

Que yo sepa, el único autor cuya presencia en *Autoridades* ha atraído monográficamente la atención de algún estudioso ha sido Góngora. Me refiero a cier-

¹¹ En cuyos inicios se publica en Bruselas (1705) el diccionario bilingüe de Francisco Sobrino, cuya portada reza así: *Diccionario nuevo de las lenguas española y francesa, el más copioso y el mejor que á salido a luz hasta agora [...]. Con muchas Frases y maneras de hablar particulares sacadas de diferentes graves Autores Españoles, principalmente de Covarrubias, de Saavedra, de Quevedo, de Gracián y de Solís.*

¹² *Autoridades*, I, pág. XV.

to trabajo del prof. Robert Jammes¹³ para el que este destacado gongorista ha tenido la paciencia de contar cuántas veces se cita al poeta cordobés en el *Diccionario de autoridades*. La tarea es ímproba, pues estamos hablando de una obra de más de 4.000 páginas con unos 40.000 artículos, y no hay modo de hacer el recuento por medios electrónicos. Pues bien, en todo *Autoridades* se encuentran, según el hispanista francés, 675 citas de Góngora, lo que supone una cita cada 6,2 páginas, «proporción —comenta— relativamente modesta (sobre todo si se la compara con la frecuencia mucho más elevada de las citas de Quevedo), pero no del todo desdeñable» (págs. 247-8).

Jammes es bastante crítico con *Autoridades* y con sus métodos de trabajo. Detecta muchos casos de textos mal copiados, de textos tomados de versiones no fiables, de textos mal interpretados o no entendidos por los académicos redactores (lo que provoca que se coloquen bajo acepciones inadecuadas o, peor aún, que se redacte *ad hoc* una disparatada), etc. Todo esto es verdad, todo esto puede ocurrir y de hecho ocurre, con Góngora y con otros. Más importante me parece insistir en que por el carácter «fundacional» del *Diccionario de autoridades*, base de todos los demás, los errores o despistes de aquellos primeros académicos *pueden* haberse perpetuado hasta hoy mismo, dando lugar ocasionalmente —entre otros— al fenómeno de lo que los lexicógrafos llamamos palabras fantasma y acepciones fantasma. Dicho esto, a mí me parece necesario añadir que, pese a todo, el *Diccionario de autoridades* es una obra de gran mérito para su tiempo. Ni podemos juzgarla con criterios filológicos de hoy ni debemos dejar de comprobar, tras consultarla, la veracidad de los datos que ofrece. En cuanto a la responsabilidad en la perpetuación de errores, ¿no será mayor la de quienes los mantuvieron por falta de sentido crítico o por no hacer las necesarias comprobaciones que la de aquellos esforzados académicos que los deslizaron en el conjunto de una obra de dimensiones verdaderamente ciclópeas?¹⁴

¹³ «Góngora en el *Diccionario de autoridades*», en *Philologica. (Homenaje al profesor Ricardo Senabre)*, Cáceres: Universidad de Extremadura, 1996, págs. 247-72. El trabajo de J. Bravo Vega «Esteban Manuel de Villegas, autoridad léxica» (en *Actas del IV Congreso Internacional de Historia de la lengua española*, Logroño: Universidad de La Rioja, 1998, II, págs. 43-52) no se circunscribe al *Diccionario de autoridades*.

¹⁴ Como digo, Jammes atiende en su artículo sólo a *Autoridades*, y no a las repercusiones posteriores de cada caso, que son mayores o menores según que la Academia rectificara tarde o pronto... cuando rectificó, pues, desde luego, no siempre lo hizo. Así, al interpretar en unos versos de la *Fábula de Píramo y Tisbe*: «Al fin en Píramo quiso / encarnar Cupido un chuzo / el mejor de su armería...», que *encarnar* valía «entrar y penetrar por la carne la saeta, espada u otra punta, haciendo herida en ella» (en vez de 'hacer que algo se haga carne, cobre realidad corpórea', que es lo que Góngora quería significar), alumbró una acepción fantasma que llega hasta el diccionario de 2001, en el que aparece así formulada, con su contorno y todo: «Dicho de una saeta, de una espada o de otra arma: Introducirse por la carne». Más problemático me parece el caso de la forma *encuñar*: incluida en *Autoridades* por aparecer en el texto de una canción de Góngora, Jammes demuestra que se trata de una rechazable lectura de Hoces, y que el verbo que Góngora empleó en el verso en cuestión es *acunar*. Ahora bien, aparte de que las variantes textuales (a diferencia de las meras erratas) pueden tener *algún* grado de legitimidad a efectos lexicográficos, se da

También le llaman la atención a Jammes las grandes desigualdades que la presencia de textos gongorinos manifiesta en la obra. Hay letras o tramos del alfabeto en que se le cita mucho más que en otros. Ello es lógico si tenemos en cuenta que el *Diccionario de autoridades* fue una obra colectiva en la que intervinieron muchos académicos. Se repartieron el trabajo por letras o combinaciones de letras, e incluso, al principio, cada uno tenía que arreglárselas para reunir las «autoridades» que necesitaba. Pronto descubrieron que era mucho más lógico que si uno se tomaba el trabajo de leer a un autor para extraer de él citas, no debía limitarse a anotar las que a él le hicieran falta, sino sacar textos para todas las letras del alfabeto, textos que después se distribuirían entre sus colegas. Y así se hizo. Con todo, subsistirían las diferencias de unas letras a otras, pues un redactor podía dar preferencia, por razones de afinidad o gusto personal, a los textos de un autor sobre los de otro, llegado el momento de elegir los que iban a citarse. Eso, se entiende, cuando tuviera donde elegir.

Por lo que a Quevedo se refiere, tenemos algunos datos acerca de lo que fue —por decirlo con una palabra moderna— el proceso de «papeletización» de sus obras. En el inicio mismo del proceso, el director de la Academia, el marqués de Villena, presentó una lista de 110 autores que debían tenerse en cuenta¹⁵. Entre ellos estaba desde luego Quevedo, explícitamente mencionado en los preliminares del tomo I de *Autoridades* (pág. XI). Se encomiendan las obras de don Francisco, para que extraiga de ellas autoridades, al marqués de San Felipe. Pero este diplomático no debió de hacer prácticamente nada, pues en enero de 1715 marchó destinado a Génova. En la junta del 1º de marzo de ese año, uno de los académicos más laboriosos, don Adrián Conninck, se ofrece para encargarse del despojo de las obras de Quevedo, tarea que ya tenía concluida en septiembre de

la circunstancia de que la forma *encuñan* se documenta en otros lugares (vid. Mª T. Herrera, dir., *Diccionario español de textos médicos antiguos*, Madrid: Arco/Libros, 1996; también en B. de Villalba, *El peregrino curioso* —cfr. C. Fontecha, *Glosario de voces comentadas en ediciones de textos clásicos*, Madrid: CSIC, 1941— y en G. González, *El guitón Onofre*, ed. F. Cabo Aseguinolaza, Logroño: Gobierno de La Rioja, 1995, pág. 141), lo que la absuelve de la condición de fantasma léxico. De modo que, recogiendo ese verbo, el primer diccionario de la Academia habría acertado digamos por carambola, más que por la solidez del texto esgrimido (lo que de ningún modo implica que justifiquemos la presencia, hoy, en una obra de las características del diccionario común, de una voz, existente, sí, pero de escaso empleo, y este en lo antiguo). En fin, no resisto la tentación de volver aquí por los fueros de los primeros académicos al señalar muy amistosamente al prof. Jammes que padeció una extraña ofuscación cuando, al final de su excelente artículo (y ya sin relación alguna con Góngora), se ceba en aquellos por lo que él cree disparatada observación hecha en *Autoridades* a propósito del verbo *delinquir*: «Tiene este verbo —dice *Autoridades*— la anomalía de mudar la *q* y *u* en *c* en algunos de los tiempos presentes, como Yo delinco, tú delincas, delinca aquel, &c.». ¡No hay ahí, como cree Jammes, ningún despiste que convierta a *delinquir* en *delincar*! Lo que dice la Academia está perfectamente bien, pues no está conjugando el presente de indicativo del verbo, sino enumerando formas de *los* presentes, de indicativo y de subjuntivo, en que se produce la alteración gráfica.

¹⁵ E. Cotarelo y Mori, «La fundación de la Real Academia Española y su primer director, D. Juan Manuel F. Pacheco, marqués de Villena», *BRAE*, I (1914), pág. 29.

ese mismo año, «executada —dicen las actas— por la impresión de Bruselas»¹⁶. En ese momento entrega en limpio los textos correspondientes a las letras A, B, C y D; y en febrero de 1716 entrega el resto¹⁷.

Para valorar en términos cuantitativos la presencia de Quevedo en *Autoridades* es mejor no limitarse a las listas de obras citadas que aparecen al comienzo de cada tomo. Pues, en efecto, si consultamos la «Explicación de las abreviaturas de los nombres de Autores y obras que van citados en este primer Tomo» nos encontramos con que solo figuran en ella 7 títulos de nuestro autor. En cambio, en la del tomo II aparecen 18 títulos. Y a partir de ahí ya el número de obras quevedianas que constan en las sucesivas relaciones se estabiliza: t. III, 17; t. IV, 19; t. V, 21, y t. VI, 20. Esto no quiere decir que en el tomo I se cite menos a Quevedo que en los otros, como enseguida veremos. Se trata, seguramente, de que la lista de aquella entrega inaugural debió de hacerse con más prisas, y muchos títulos se quedaron fuera. En cualquier caso, es fácil comprobar que son bastantes las obras quevedianas efectivamente citadas en el tomo I que no figuran en su tabla¹⁸.

Yo no he tenido tanta paciencia con Quevedo como ha tenido Jammes con Góngora, es decir, no he hecho un recuento de *todas* las veces que se cita al autor del *Buscón* en *Autoridades*. Recuérdesse que Jammes había sacado la impresión de que Quevedo era autor mucho más citado que Góngora en dicho diccionario. Esa misma apreciación la compartirá cualquiera que consulte la obra con asiduidad, y es, por lo demás, bastante lógica si nos atenemos al mero hecho de que la producción quevedesca es notablemente más copiosa. Por mi parte, tenía la impresión de que Quevedo es el autor más utilizado en *Autoridades*, en competencia acaso con Cervantes, y para comprobarlo he hecho unas calas o muestreros que creo suficientemente fiables.

He contado cuántas veces aparecen citados Quevedo y Cervantes en 1.200 páginas de la obra, elegidas de modo aleatorio. Concretamente, he examinado las páginas 101 a 200 y 401 a 500 de cada uno de los seis tomos, con el siguiente resultado¹⁹:

¹⁶ Seguramente, por la segunda de las dos que, «divididas en tres cuerpos», salieron de las prensas de Francisco Foppens: 1660-61 y 1670-71; esta última es más completa por incluir en el tomo tercero, con portada y paginación propias, *Las tres últimas musas castellanas...* MDCLXXI (1671; muy reciente aún, por tanto, su primera aparición madrileña), cuyos poemas efectivamente se citan en *Auts*. En cuanto al tomo I de esta segunda edición bruselese, lleva una anteportada con la fecha real, MDCLXX (1670), pero la portada, con espectacular grabado, reproduce la de diez años antes, con su pie: MDCLX (1660).

¹⁷ Cotarelo, art. cit., págs. 32, 108 y 111-113.

¹⁸ Caso llamativo es el de la poesías: constantemente aducidas a lo largo de los seis tomos con indicación de la «Mus[a]» correspondiente, solo en el V y el VI se explica la abreviatura, muy escuetamente por cierto: «Las Musas». Advierto, por otra parte, que, como es natural, considero aquí obras quevedianas todas las que los académicos tenían por tales, al margen de que alguna, como la *Casa de locos de amor*, seamos que es apócrifa.

¹⁹ Para cada tomo, la primera cifra corresponde al número de citas en las págs. 101-200; la segunda, a las de págs. 401-500.

	I	II	III	IV	V	VI	Total	Promedio 100 págs.
Quevedo:	88 + 112	91 + 56	105 + 230	71 + 45	96 + 44	98 + 107	1.143	95,25
Cervantes:	119 + 138	61 + 74	86 + 128	74 + 80	61 + 64	67 + 68	1.020	85

Como promedio, tendríamos, pues, que a Quevedo, en 100 páginas de *Auto-ridades*, se le cita 95,25 veces, o sea, casi una vez por página, lo que desde luego es mucho. Si esa proporción fuera constante, y teniendo en cuenta que la obra tiene 4.183 páginas, en la totalidad de ella habría nada menos que casi 4.000 textos del autor del *Buscón* (exactamente, 3.984).

Jammes calcula que en toda la obra se reproducen unos 67.000 textos. Si esto es así, el porcentaje de los de Quevedo sería muy alto: el 5,9 %. Dicho de otro modo: de cada 100 textos citados en la obra, casi 6 serían de nuestro autor²⁰.

Cervantes, como se ve, le sigue de cerca: se le cita 85 veces cada 100 páginas, lo que significaría unas 3.555 en toda la obra, y un 5,3 % del conjunto de ejemplos.

Desde luego, sería posible afinar más estos datos y extender los recuentos a otros autores. Sospecho que el tercer lugar en el *ranking* lo puede ocupar Lope, pero no lo he comprobado.

Las cifras ofrecidas no excluyen, naturalmente, la posibilidad de que aparezcan ocasionalmente muchas más citas de Quevedo «concentradas» en poco espacio. A título de ejemplo, remito al artículo *chirriar*: en 3 de las 5 acepciones de este verbo se cita a don Francisco. Y también en *chirrichote*, en *chirrión*, en *chisgaravís* y en *chismar*: 7 textos suyos, en total, en una sola página.

Evidentemente, en muchos casos en que se eligieron ejemplos de Quevedo también podrían haberse elegido de otros autores. Pero en otros casos no, y son estos los que de preferencia nos interesan, por su obvia conexión con un aspecto de la lengua literaria de don Francisco: la creatividad léxica.

Hay en el *Diccionario de autoridades* un número relativamente alto de palabras que los académicos solo podían ejemplificar con un texto. En algunos de esos casos eran probablemente conscientes de que se enfrentaban —por decirlo en términos modernos que ellos *no* emplearían— más a actos de habla que a hechos de lengua. Sin embargo, intuían que no carecía de interés registrar esas

²⁰ Es significativo que, según los recuentos que ha realizado Bertha M. Gutiérrez Rodilla en los artículos de *Auts.* correspondientes a términos médicos, Quevedo sea el más frecuentemente citado de los autores no médicos; véase su artículo «Construcción y fuentes utilizadas para los términos médicos en el *Diccionario de Autoridades*», *Revista de Lexicografía*, I (1994-1995), págs. 149-62, y en particular pág. 156. En fin, las obras de Quevedo sirvieron incluso para extraer citas indirectas de otros autores; así, s. v. *asnero* se aprovecha un texto de Antonio Rodríguez de Ávalos citado por Quevedo en *Política de Dios*.

voces, y así lo hicieron, añadiendo frecuentemente la observación de que el lector se hallaba ante una palabra «voluntaria», «inventada» o «jocosa».

Tal vez abrieron demasiado la mano, y en la segunda edición del *Diccionario de autoridades*, de la que solo llegó a publicarse el primer tomo, recogieron velas. He aquí cómo lo explican en el prólogo de 1770:

Se omiten todas las voces inventadas sin necesidad por algún autor, ya sea por jocosidad o ya por otro qualquier motivo, si después no han llegado a tener uso alguno; como *adonícida*, que usó Lope de Vega por el que mató a Adonis; *piogícida*, que dixo Calderón por el que mata piojos; *adanismo* que usó Quevedo por el conjunto de gente desnuda, y otras muchas que se forman arbitrariamente en la conversación familiar; cuyas voces, de que hay algunas puestas en el Diccionario, no se deben considerar como parte de la lengua castellana, porque nunca han llegado a tener posesión en ella; de que solo se exceptúan algunas que por lo extraño de su sentido o por la dificultad de su inteligencia merezcan explicación, especialmente aquellas que se encontraren en los principales autores de nuestra lengua²¹.

Como se ve, dejaban una puerta abierta a las excepciones, y es que en lexicografía no resulta fácil aplicar criterios rígidos. Sea como sea, lo que podemos comprobar es que, en efecto, en ese tomo I de 1770 —que sólo abarca las letras A y B— desaparecen muchas palabras de las que en 1726 iban marcadas como «voluntarias» o «jocosas»²², aunque otras sobrevivieron a la criba. El expurgo

²¹ *Diccionario de la lengua castellana*, I, Madrid, 1770, págs. IV-V. Se cita también este pasaje en el artículo de Alarcos García (págs. 471-2), donde se presenta, acaso por errata, como de 1780. En cuanto a los preliminares de 1726, la única referencia que en ellos se encuentra a esta cuestión es la siguiente: «Con este método [la cita de autoridades] muestra [la Academia] la moderación con que procede, y desvanece las inventadas objeciones de querer constituirse maestra de la lengua. Porque calificada la voz por limpia, pura, castiza y Española, por medio de su etymología y autoridades de los Escritores, y, al contrario, castigada por antiquada, o por jocosa, inventada o usada solo en estilo libre y no serio, viene a salir al público, con notoriedad de hecho, que la Academia no es maestra, ni maestros sus Académicos, sino unos Jueces que con su estudio han juzgado las voces; y, para que no sea libre la sentencia, se añaden los méritos de la causa, propuestos en las autoridades que se citan» (págs. XVIII-XIX). Nótese que, en realidad, ni la condición de anticuada ni la de jocosa o inventada se contraponen a las notas que se confieren a las demás palabras: limpias, puras, castizas y españolas, lo que prácticamente anula la diferencia que pudiera haber, en este algo confuso párrafo (escrito a la defensiva), entre lo que los académicos entendieran por «calificar» y «castigar». En realidad, la mayoría de las palabras no van «calificadas» de nada, y las supuestamente «castigadas» lo que llevan es una «calificación», más descriptiva que disuasoria: anticuada, voluntaria, baja, recientemente introducida, etc.

²² Antonio M. Garrido Moraga («Un episodio de la lexicografía académica del XVIII. Las supresiones en la segunda impresión del diccionario», *RILCE. Revista de Filología Hispánica*, 8 (1992), págs. 265-85) las ha contado: son 45 voces (un 7,2% del total de supresiones de ese tomo único); de ellas, cerca de la mitad (19) son de Quevedo.

selectivo se prolonga, para las letras posteriores, en las sucesivas ediciones del diccionario «reducido a un tomo para su más fácil uso», es decir, de 1780 en adelante²³.

Casi no hay que decir, ni que corroborar con penosos cálculos, que Quevedo es el autor que con más frecuencia había dado lugar, en *Autoridades*, a ese tipo de artículos. Pues bien, lo que más nos interesa señalar aquí es el curioso fenómeno de que palabras que Quevedo, y sólo Quevedo, empleó, sigan figurando hoy en el diccionario de la Academia, y hayan pasado de este a todos los que le copian, que son la inmensa mayoría.

Veamos ya un par de ejemplos, de los muchos que podrían mostrarse. Basta abrir *Autoridades* por una de sus primeras páginas para tropezar con un caso, el de la voz *abigotado*:

ABIGOTADO. adj. Vale tanto como el que tiene grandes bigotes. Es voz voluntaria y jocosa de que usó Quev. Tac. cap. 16. Havía en el calabozo un mozo tuerto, alto, *abigotado*, mohíno de cara²⁴.

¿Por qué no eliminó la Academia esta palabra en 1770, si la había tildado en 1726 de «voluntaria y jocosa»? No parece que mereciera una «explicación» «por

²³ Manuel Seco ha mostrado que en 1780 las modificaciones de la obra, y por tanto los descartes de voces «voluntarias», afectaron tan solo a la letra C (de hecho, coinciden con las que iban a producirse en un tomo II de la segunda edición de *Autoridades* que estaba listo para la imprenta mas quedó inédito). Una cala comparativa entre el tomo de 1729 (letra C) y el de 1780 refleja que de 13 voces de este tipo desaparecen la mayoría, 11. En cambio, un cotejo similar en la letra N y parte de la P arroja un resultado completamente distinto: «Las 18 voces «voluntarias», «inventadas» o «jocosas» halladas —en su mayoría de Quevedo, como es habitual— se mantienen todas en 1780 (y de ellas, 9 subsisten en 1984)» («Introducción» a la edición facsímil del *Diccionario* de 1780, Madrid, 1991, pág. VII, nota). Esto último, la eliminación de *algunas* de esas voces después de 1780, se debe a que los académicos siguieron durante un tiempo revisando el diccionario con *Autoridades* delante y aplicando —¿más laxamente?— los criterios de 1770. Según irá declarando la propia Academia, esa revisión llegaba en 1791 hasta la F, en 1803 hasta la L y en 1817 hasta la P. Ahora bien, las eliminaciones pueden ocurrir en cualquier momento: *piojicida* —por retomar un ejemplo que ya anunciaba el prólogo de 1770— «cae» algo antes de lo que de esas declaraciones cabría esperar: en 1803, mientras que otra palabra de la misma letra, *parabienero* (avalada en *Auts.* con un texto de Quevedo), no desaparece hasta la ed. de 1843; al último tramo del alfabeto pertenece *talonesco* (en 1739 con cita de Castillo Solórzano), que sobrevive hasta 1984 para ser eliminada en la edición subsiguiente (1992). En fin, hay palabras que, aunque salen, después reingresan: el *adanismo* usado por Quevedo («el concurso de gente desnuda», según *Auts.*) desaparece, como ya sabemos, en 1770; pero en 1925 se incorpora de nuevo como variante de *adamismo* ‘doctrina y secta de los adamitas’, y posteriormente recibe nuevas acepciones: «hábito de comenzar una actividad cualquiera como si nadie la hubiera ejercitado anteriormente» (*Suplemento* de 1970) y «desnudismo, práctica de la desnudez» (1992), con la que, en cierto modo, se cierra el círculo. Cfr. S. Ruhstaller, «Las autoridades del *Diccionario de Autoridades*», en S. Ruhstaller y J. Prado Aragonés (eds.), *Tendencias en la investigación lexicográfica del español. El diccionario como objeto de estudio lingüístico y didáctico*, Huelva: Universidad de Huelva, 2000, págs. 193-224.

²⁴ La abreviatura «Tac.» corresponde, naturalmente, al *Buscón*; el texto, en ed. F. Lázaro Carreter, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1965, pág. 196.

lo extraño de su sentido o por la dificultad de su inteligencia». Y ¿por qué no la eliminó más tarde, en alguna de las 22 ediciones del diccionario común? En este caso la respuesta es más fácil: porque se habían borrado las pistas de su rareza²⁵; eliminados los textos, las autoridades, quedaban todas las palabras, desde la más cotidiana hasta la más ocasional, igualadas ante los ojos de los lectores, académicos incluidos. El caso es que en la aún reciente edición de 2001 sigue estando la creación quevedesca, y ni siquiera lleva en ella la nota de «desusado»²⁶ («**abigotado**, *da.* adj. **bigotudo**»). Podemos casi asegurar, sin embargo, con el *Diccionario histórico* a la vista, que después de Quevedo nadie, nunca más, ha vuelto a emplear ese adjetivo.

Algo similar ocurre con la palabra *nabería*, que consta así en *Autoridades*:

NABERÍA. s. f. Conjunto o potage de nabos. Es voz inventada. [...] QUEV. Mus. 7, entrem. de la venta.

*En estando abollada, corre gato,
En coronilla, como agora corre,
Picaza o grajo para medio día,
En borrasca de col o nabería.*

Pues bien, esta palabra, usada exclusivamente por Quevedo en el *Entremés de la venta* (en ed. Blecua, IV, pág. 88), sigue figurando hoy en el diccionario de la Academia, y, por si fuera poco, no con una acepción, sino con dos:

nabería. f. Conjunto de nabos. || 2. Potaje hecho con ellos.

Ello se debe a que en un determinado momento (1899) la Academia consideró con cierta lógica (pero sin hacerse la pregunta fundamental: ¿por qué está aquí este artículo?) que un ‘conjunto’ y un ‘potaje’ eran cosas diferentes. Este crecimiento de las acepciones por duplicación, nada excepcional en la historia del *DRAE*, recuerda mucho a aquello que se estudiaba en Biología, al menos en mis tiempos: la mitosis o cariocinesis de las células, su crecimiento por duplicación.

Hay otros ocasionales empleos quevedianos que *Autoridades* recogió y que hoy siguen en el diccionario de la Academia: *ahigadado*, *cocheril*, *descaperuzo*, *emborullarse*, *emprestillador* y *emprestillón*, *engarbullar*, derivados en *-ón* como *acechón*, *estrellón* o *pidón*, etc. En varios casos, la observación sobre el carácter jocosos de la voz dio lugar, con la progresiva formalización del diccio-

²⁵ Y también había desaparecido el comentario («voz voluntaria y jocosa»), ya en 1770.

²⁶ Que sería la que le correspondería: la llevan las voces y acepciones «cuya última documentación [y primera, en este caso!] es posterior a 1500, pero no a 1900» (*DRAE* 2001, pág. XXIX).

nario, a que llevara en sucesivas ediciones de él la marca de «fam[iliar]», marca, por cierto, que en 2001 ha sido sistemática y hartó discutiblemente sustituida por la de «coloq[ui]al». En fin, también podemos encontrarnos con derivados perfectamente neutros y nada «jocosos», como el adjetivo *imprestable*.

Ya he dicho que no es fácil saber por qué la Academia no eliminó estas palabras. En algunos casos no tenemos constancia de que nadie las haya usado después. Pero en otros sí²⁷, y al indagar en la explicación de este hecho se nos abren nuevos interrogantes: ¿por qué reaparecen esas voces?; ¿por poligénesis?; ¿porque no eran realmente —o no eran todas— creaciones quevedianas, sino usos con cierta difusión?; ¿porque quienes las usaron las habían leído en Quevedo, al que decidieron imitar?; ¿o tal vez porque las habían encontrado en el diccionario?

Al menos en un caso, hemos de aplaudir a la Academia por no haber suprimido una palabra que, inventada al parecer por don Francisco, ha alcanzado

²⁷ Examinemos las citadas en el párrafo anterior:

ahigado: véase *DHLE*; después de Quevedo, que la usa —en dos sentidos distintos— tres veces, la emplean Suárez de Figueroa, Quiñones de Benavente y Solís; también, en 1930, J. Motta Salas.

cocheril: acaso antes que en Quevedo está en Lope, *La villana de Getafe*, y en Ruiz de Alarcón *Los favores del mundo*; este derivado jocosos ha tenido cierta fortuna: en el XVIII lo emplea Iriarte, y Vicente Rodríguez de Arellano publica en 1791 *El domingo*, «escena ridículo-uni-cocheril»; después aparece en Bretón, Martínez Villergas, Alarcón, Galdós, etc.

descaperuzo: en *Auts.* con texto de *El chitón de las tarabillas*; no conozco otros.

emborrullarse: en *Auts.* con texto de *La Hora*; pero desde 1791 la Academia trae la voz con *-rr-*: *emborrullarse*; cfr. ed. J. Bourg, P. Dupont y P. Geneste, Madrid: Cátedra, 1987, págs. 202 y 382, y Corominas s. v. *barullo*; no conozco más textos.

emprestillador y *emprestillón* solo se documentan en Quevedo (en *El entremetido* y *La Hora*, respectivamente); el verbo del que derivan, *emprestillar*, en Ruiz de Alarcón (*Ganar amigos*) y en un documento de 1636 cit. en J. T. Medina, *Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima (1569-1820)*, II, Santiago de Chile, 1956, pág. 50.

engarbullar: en *Auts.* con texto de *La Hora*; pero este italianismo se documenta antes (1525), en una carta de D. Hugo de Moncada a Carlos V (J. H. Terlingen, *Los italianismos en español desde la formación del idioma hasta principios del siglo XVII*, Amsterdam, 1943, pág. 306).

En cuanto a los derivados en *-ón*, unos son deberbales, como *acechón* (en *Auts.* se citan dos textos de Quevedo, uno de *El entremetido* y otro de un baile; después, sólo Valera parece haberlo usado: «tan acechona anduvo que consiguió hablar con él a solas», *Dafnis y Cloe* [1880], en *Cuentos, diálogos y fantasías*, Madrid, 1887, pág. 448) y *pidón* (*Auts.* cita el pasaje de «las pidonas y tomasas» de *La Hora*; es fácil que haya reaparecido más de una vez: Coloma llama en un cuento «Mari-pidona» a una pedigüeña, *Cuentos para niños* [1889], 6ª ed., Bilbao, s. a., pág. 117, y en *DEA* se cita un texto de Meliano Peraile); y otros, aumentativos más o menos lexicalizados (*estrellón* lleva en *Auts.* tres acepciones —cuatro, en realidad, si se lee atentamente la segunda—, de las cuales dos se apoyan en textos quevedianos; como mero aumentativo reaparece en Moratín o Valle-Inclán, y en *DEA* *estrellón*, *-ona* ‘estrella del espectáculo’; con el tiempo, la Academia eliminó, con buen criterio, las dos acepciones que *Auts.* ejemplificaba con textos quevedianos, una por ser mero aumentativo y la otra por muy dudosa, con lo cual se da la paradoja de que las dos que hoy subsisten en el diccionario son precisamente las que en origen no iban autorizadas; en cuanto al significado ‘choque’, debería ir en artículo aparte, pues es postverbal de *estrellar*, y no solo americano, por cierto); cfr. S. Fernández Ramírez, *La derivación nominal*, Madrid: Real Academia Española, 1985, págs. 43 y 77-9.

imprestable: no me consta que se haya usado después de Quevedo, pero la posibilidad de que ello ocurra está permanentemente abierta, como para cualquier adjetivo con tal sufijo.

gran difusión y hoy todos empleamos. Me refiero a *perogrullada*, que está en *Autoridades* con un texto único de la *Visita de los chistes* (es decir, del *Sueño de la muerte*). Después, la encuentro en el título de un baile de fines del XVII²⁸, la emplean en varias ocasiones Feijoo o Isla en el siglo siguiente y se generaliza en el XIX-XX. Los interrogantes del párrafo anterior siguen abiertos también para este caso, aunque me parece especialmente probable el influjo quevedesco.

Menos nos detendremos en las palabras que, habiendo sido recogidas por *Autoridades* con una cita de Quevedo y la consabida nota sobre su condición de voluntarias o jocosas, fueron eliminadas en ediciones posteriores. El primer diccionario académico recogió un verbo *diablar* por la sola razón de que lo usa Quevedo en el *Poema heroico de las necedades y locuras de Orlando*, y *diablazgo*, *diabladad*, *diablencia* porque estaban en *El entremetido*, *la dueña* y *el soplón*. Con buen criterio, esas voces se eliminaron en la edición de 1791. Del mismo modo, antes, en 1770, se había prescindido de dos insólitos derivados de *arbitrio* que emplea Quevedo en *La Hora de todos: arbitrería y arbitriano*. Los ejemplos abundan: *acandilar*, *aleluyado*, *antemulas*, *enagüelar*, *naqueracuzo*, la locución *en angarillas* ‘en jarras’... están en parecida situación. Un terreno en el que *Autoridades* había sido excesivamente generoso es el de los diminutivos no lexicalizados; y así, algunos de los que registra en artículo independiente con cita de Quevedo, como *argumentillo*, *deshonestico* o *pastelerito*, se eliminaron después con buen acuerdo²⁹.

A estas alturas creo que no quedará ninguna duda de que, en muchas ocasiones, el modo de proceder de los académicos fundadores no consistió en buscar un texto con que «autorizar» una voz cuyo significante y significado(s) ellos previamente conocían, sino, inversamente, en confeccionar un artículo a partir de un texto que había caído en sus manos. De ahí que, naturalmente, pudieran errar a la hora de conjeturar el significado de la palabra, o, peor aún, pudieran dar por buena una forma que estuviera afectada por un error de copia o una errata.

Cuando esto último ocurre se produce esa fascinante anomalía de las llamadas palabras fantasma, menos raras en la lexicografía española, por las peculiaridades de esta, de lo que pudiera pensarse. Pues bien, conozco al menos un caso de palabra fantasma en que está implicado un texto de nuestro autor.

Es el que arranca de este extraño artículo de *Autoridades*:

²⁸ «Vaile de Perogrulladas, todo cantado», obra de un Marcial Benetasua Gutman [sic] cuyos *Versos conseguidos* se incluyen, con portada y paginación propias, en Luis Enríquez de Fonseca, *Ocios de los estudios, versos y discursos philológicos*, Nápoles, 1683.

²⁹ Véase S. Ruhstaller, «Descripción gramatical y tratamiento lexicográfico de los diminutivos en el *Diccionario de autoridades*», en M^a A. Medina Guerra (ed.), *Estudios de lexicografía diacrónica del español (V Centenario del Vocabularium Ecclesiasticum de Rodrigo Fernández de Santaella)*, Málaga: Universidad de Málaga, 2001, págs. 181-209.

PARADISLERO. s. m. El cazador a espera u a pie quedo. Metaphóricamente se aplica al que anda como a caza de noticias, las finge o inventa. [...] QUEV. Tir. la piedr. Dime, *paradislero* de historias y sucesos, todas las flotas (sin excetuar alguna) ¿no han venido assí?

Como se ve, el pobre académico al que le cayó en suerte semejante palabro tuvo que echarle imaginación al asunto. Pues ese impenetrable *paradislero* no es sino un puro disparate. Gracias a la edición de Manuel Urí Martín de *El chitón de las tarabillas* (nombre real de la obra que *Autoridades* llama *Tira la piedra*) sabemos que lo que en ese pasaje escribió Quevedo, y así lee la príncipe, es «paradillero»³⁰. Mejor aún: Urí nos informa de que en la edición de Bruselas, que es —recordémoslo— la que la Academia manejaba, se estampó, efectivamente, «paradislero»³¹, por confusión, muy fácil, entre una *l* y una *s* alta.

Lo que resulta casi increíble es que palabra tan absurda haya sobrevivido a 22 ediciones del diccionario académico sin despertar las sospechas de nadie, y siga ahí, en la de 2001, con dos significados por más señas³².

Aunque no puede quedar la menor duda de que Quevedo escribió «paradillero», hay que reconocer que el problema no queda así completamente resuelto, pues la palabra, también invento suyo, y empleada solo por él, tiene un significado que no salta a la vista. Al menos, morfológicamente es clara: se trata de un derivado de *paradilla*, con un sufijo *-ero* grato al autor³³; *paradilla*, que se documenta en el propio Quevedo y en otros autores, es ‘parada breve (¿generalmente cuando se va caminando?)’, y también, parece, ‘pausa o interrupción al hablar’³⁴; de ahí que *paradillero* pueda significar ‘que hace paradillas, que interrumpe a menudo el discurso o relato’. En el texto de *El chitón* encaja bastante bien este sentido, pues el autor finge que un interlocutor le está importunando con objeciones diversas.

Otro caso interesante, distinto del que acabamos de ver y bastante complejo, es el que nos brinda la forma *disparatorio*, que desde luego no puede considerarse palabra fantasma, pero algo tiene de tal. *La culta latiniparla*, tal como se

³⁰ Madrid: Castalia, 1998, pág. 122.

³¹ He comprobado la lectura en Bruselas 1670, I, pág. 273; véase *supra*, nota 16.

³² «**paradislero**. (De *parada*, lugar donde se juntan las reses.) m. Cazador a espera o a pie quedo. || 2. Hombre que anda como a caza de noticias, o las finge o inventa». Fue en 1803 cuando el diccionario académico separó el sentido recto (?), ‘cazador’, del «metafórico».

³³ Cfr., entre otros, *parabienero* ‘que da parabienes’, en *Auts.* con texto del *Entremés de la ropavejera* (ed. Blecua, IV, pág. 135); véase *supra*, nota 23.

³⁴ «Se declara por necio de los de cuatro en púa al que va por la calle hablando consigo mismo a solas entre sí, y se pregunta y se responde; y si a esto añade efectos de rostro y manos, estiramiento de cejas y alzar de ojos, paradillas de en [sic] cuando en cuando...» (Quevedo, *Origen y definición de la necedad*, en *Prosa festiva completa*, ed. C. C. García-Valdés, Madrid: Cátedra, 1993, pág. 199). Véase también el texto del *Guzmán* que cita Urí.

nos aparece en la edición de *Juguetes de la niñez* de Madrid, 1631, «LLEVA VN DISPARATARIO, como Bocabulario, para interpretar y traduzir las Damas gerigonças...» (fol. 128), según reza el subtítulo. Sin embargo, un poco más adelante leemos: «SÍGVESE EL DISPARATORIO» (fol. 130v^o). La edición de Bruselas —la que manejaba la Academia— lee exactamente igual: primero *disparatario*, luego *disparatorio* (I, págs. 581 y 585). Pues bien, *Autoridades* incluyó un artículo *disparatorio*, en el que, curiosamente, cita *el primero* de aquellos textos, pero *con la forma que presentaba en el segundo*: «Lleva un *disparatorio* como vocabulario para interpretar...».

Seguramente el «DISPARATORIO» del fol. 130v^o de la primera edición de *Juguetes* es ya una lectura errada. Parece claro que Quevedo escribiría las dos veces lo mismo, y que hubo de ser *disparatario*, voz formada a imitación de *vocabulario* (así lo subraya, como hemos visto, el propio subtítulo), *diccionario*, *glosario*, etc. Además, en una versión previa de la obrita, el *Catecismo de vocablos...* de Valencia, 1629, no solo se lee «disparatario» en el subtítulo, sino también en la segunda aparición de la palabra, pasaje que insiste en el paralelismo con otros derivados en *-ario*: «disparatario, como distincionario...»³⁵. Y es que el sufijo *-ario*, mucho mejor que *-orio*, expresa la idea de ‘conjunto, colección, serie, registro’³⁶.

Como el *Diccionario de autoridades* registró *disparatorio*, así ha quedado para siempre. En el uso posterior se documentan las dos formas, pero lo cierto es que desde muy pronto ganó terreno la que lleva el sufijo *-orio*³⁷. Y no deja de ser irónico que la bien formada, *disparatario*, haya sido completamente ignorada por los lexicógrafos.

¿Por qué *disparatorio*? ¿Mera confusión de sufijos? ¿Se habrá producido un cruce con *repertorio*? ¿Disimilación de *-a-* en *disparatario*? De todo un poco.

³⁵ *Obras festivas*, ed. Jauralde, págs. 213 y 215.

³⁶ Cfr. Fernández Ramírez, op. cit., págs. 47-9.

³⁷ En un pasaje de Rojas Zorrilla muy directamente inspirado en el de Quevedo encuentro ya *disparatorio*: «—¿Cómo se llama? —Es notable / título: Disparatorio / de todas las cultinantes...» (*Santa Isabel, reina de Portugal*, en *Parte primera de las comedias*, Madrid, 1680, fol. 205c); lo mismo, en el XVIII, en un autor tan quevediano como Torres (prácticamente con el valor de ‘disparate’: «los disparatorios de mi vida», *Vida*, ed. G. Mercadier, Madrid: Castalia, 1972, pág. 58) y en otros que, sin duda, también habían leído a don Francisco: Feijoo (*Cartas eruditas*, III, 1750, carta 2^a, 13, y carta 26^a, 78) e Isla (*Fray Gerundio*, ed. J. Jurado, Madrid: Gredos, 1992, pág. 520); después, Gallardo, Mor de Fuentes, Gómez de la Serna (*Automoribundia*, Buenos Aires: Sudamericana, 1948, pág. 643; pero Fernández Ramírez, sin dar referencia concreta, atribuye *disparatario* a este autor), Miguel de Toro y Gisbert («Moderno disparatorio», *RHi*, LVI, 1922), el marqués de Tamarón (citado en *DEA*). Para reencontrar *disparatario* hay que llegar a textos contemporáneos: Alonso Zamora Vicente (*Valle-Inclán, novelista por entregas*, Madrid: Taurus, 1973, pág. 39), Juan Bautista Avalle-Arce (*Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona: Ariel, 1975, pág. 363), el poeta Jesús Munárriz (*Disparatario*, Madrid: Hiperión, 2001), José Antonio Gómez Marín, «Disparatario de verano» (*El Mundo*, 30 de agosto de 2002). Tengo indicios de que en Hispanoamérica podría superar *disparatario* a *disparatorio*.

La cosa se enreda además porque existe un *disparatorio* relacionado con *disparar*³⁸. Se estará de acuerdo en que la palabra era y es carne de errata. Pero al margen de esto, el problema abre interrogantes bastante sugestivos. Me pregunto, por ejemplo, si, asumiendo que la palabra exista gracias a Quevedo, habrá habido tantas descuidadas ediciones de *La culta latiniparla* con la forma errada que se explicara su difusión entre lectores y potenciales imitadores. Y me pregunto, naturalmente, por la responsabilidad del diccionario académico en la propagación de *disparatorio*. Aunque la respuesta a esta segunda pregunta es bastante obvia.

Un caso interesante, en que los responsables del *Diccionario de autoridades* se muestran conscientes de los peligros que les acechan, nos lo depara el artículo *ambularios*. A la vista de un texto quevediano que habla de unos «horrendos ambularios» (en ed. Blecua, III, pág. 50) definen: «Género de vestidura larga o talar que cubre las piernas, que quando está vieja y hecha andrajos se llama así por desprecio». Y añaden: «Usó de esta voz Quevedo, y parece puede ser yerro de Imprenta, y que en lugar de Andularios, voz vulgar en Castellano que significa lo mismo, pusiessen Ambularios». La observación es pertinente, habida cuenta de que *andularios*, si no «vulgar en Castellano», sí que la emplea precisamente el propio Quevedo en *La Hora* —como puntualmente consta en el mismo *Autoridades*— y antes en *Cuento de cuentos* (véase *DHLE*, que cita, tras esos dos textos quevedianos, únicos para el español áureo, otros del XIX-XX). Con todo, aquellos beneméritos diccionaristas no se decidieron a recusar *ambulario(s)*, y tampoco lo ha hecho el *DHLE*, pues la forma es explicable como cruce entre *andulario(s)* y *ambular*. Un segundo texto de *ambulario* en un entremés de Quevedo (ed. Blecua, IV, pág. 52) viene a reforzar la existencia «real» de esa forma.

La errada interpretación de un texto en que se emplee una palabra de existencia, por lo demás, inobjetable, podría dar lugar a una acepción fantasma. Sin que la cosa llegara a tanto, cabe ejemplificar los casos de inadecuada ubicación de una cita examinando el del artículo *amorrado*: para este participio se aduce en 1726 un texto quevediano que habla de un «veneno amorrado»; la definición, «callado y sin responder a lo que se le dice, baxando la cabeza», deriva de la que se ofrecía para el infinitivo (*amorrar*), y, como se ve, es absolutamente incompatible con la cita en cuestión; consúltese *DHLE* para la adecuada interpretación del pasaje, reubicado bajo la acepción que le corresponde: «aplicar los labios (a algo) para beber».

³⁸ «Gastóse aquel día gran suma de pólvora en los disparatorios y salvas, y consumóse el matrimonio aquella noche» (Diego Duque de Estrada, *Comentarios del desengañado de sí mismo*, ed. H. Ettinghausen, Madrid: Castalia, 1983, pág. 393); cfr. *casar* / *casorio*, *velar* / *velorio*, *velatorio*.

EL *DICCIONARIO HISTÓRICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA*

Otras raras voces del mismo carácter que nuestro autor empleó una sola vez no han dejado ninguna huella lexicográfica hasta que las ha recogido el *Diccionario histórico*. Se estará de acuerdo en la conveniencia de que lo hiciera, pues, a pesar de su excepcionalidad, interesan al filólogo (ilustran las posibilidades derivativas o compositivas del sistema), no digamos al anotador de las obras de Quevedo.

Ello vale tanto para palabras jocosas como para otras perfectamente serias. Ejemplo de estas últimas es *abaquista* ‘el que cuenta sirviéndose de un ábaco’, usada en un poema contra Góngora. Ejemplo de aquellas es un casi imposible verbo *accipir*, ultralatinizante, que supuestamente emplea «la cultísima» de *La culta latiniparla*:

Pide el médico el pulso, o otra cosa alguna persona; no se ha de decir ‘tome vuestra merced’, ni esta maldita voz se oiga en boca de hembra. ‘Tome’ digan ellos, y la cultísima dirá «aprehenda» o «accipia».

A pesar de que el verbo es una pura broma, el *Diccionario histórico* optó por recogerlo, con su evidente etimología (lat. *accipere*), con su definición («tomar, recibir») y, eso sí, con una advertencia: «Parece invención ocasional de Quevedo». Lo de «parece» es cautela acaso excesiva.

Los casos que se nos están presentando con palabras pueden darse también con acepciones, es decir, con determinados sentidos. De los que solo se documentan en Quevedo y pueden espigarse en *DHLE*, un ejemplo significativo es el verbo *amartelar* usado como ‘atraer o conquistar’, ‘seducir’, pero en contexto no amoroso. Así lo emplea Quevedo hasta cinco veces, por ejemplo en *Lince de Italia o zahorí español*: «Nápoles es reino que amartela a muchos príncipes». Es evidente que se trata de una extensión semántica grata al autor. Y téngase en cuenta que los datos de esta índole pueden llegar a ser valiosos a la hora de esclarecer problemas de autoría.

El mismo diccionario nos permite conocer cuándo es Quevedo el primer autor en que se documenta una palabra o acepción, y no me refiero ahora a rarezas, sino a usos que han podido tener después larga vida. Naturalmente, en estos casos ni puede ni debe automáticamente asegurarse que Quevedo sea el responsable del neologismo.

Sea, por ejemplo, la palabra *amanuense*; el primer autor en que se documenta es Quevedo, en un par de ocasiones (en sendas obras en prosa de carácter doctrinal: *Nombre, origen, intento, recomendación y descendencia de la doctrina estoica* y *La constancia y paciencia del santo Job*). Después, según *DHLE*, ya no se emplea hasta el XVIII (por Feijoo, y muchos otros).

A veces hay saltos cronológicos muy amplios entre una primera documentación quevediana y la generalización del uso de una palabra. No siempre es fácil explicar tales saltos, pero el caso es que esas discontinuidades se dan en la historia del léxico. Tomemos, por ejemplo, el adjetivo *antañón*, na ‘muy viejo’: lo usa Quevedo en un poema burlesco, y después ya no vuelve a aparecer hasta 1915 en que lo emplea Ricardo León, tras lo cual el *DHLE* informa de la existencia de otros 40 textos del siglo XX. ¿Resurrección consciente, inspirada en Quevedo? ¿Poligénesis casual? ¿Se mantuvo la palabra, durante tres siglos, en lo que, en términos pidalianos, podríamos llamar estado latente? La elección de una respuesta no es nada fácil.

Es bien conocido un uso del adjetivo *andante* que no resulta nada fácil definir y que, en vista de esa dificultad, *DHLE* explica así: «Siguiendo a un n. en función predicativa, se usa para ponderar el alto grado en que se posee el carácter o cualidad correspondiente». Es el uso que se da cuando decimos que «Fulano es la alegría andante» o «está hecho una calamidad andante». Empecemos esta vez no por el primer texto que cita *DHLE* para esta acepción, sino por el último, por el más moderno: un texto de Maruja Torres, de un artículo de *El País* en 1987, en el que habla de «una promesa andante». Pues bien, en el otro extremo de la cadena, el primero que usó esa expresión fue Quevedo, en *La Hora de todos*: «Todos los circundantes se guardaban de las gentes de esta isla como de pestes andantes».

Y, de nuevo, las extrañas discontinuidades, los saltos cronológicos en alguna acepción. Es sabido que las manchas en la piel que algunas personas tienen desde su nacimiento se llaman *antojos* porque la creencia popular las atribuye a antojos o caprichos de la madre, durante el embarazo, que no fueron atendidos. Pues bien, el primero en usar la palabra con ese significado parece ser Quevedo, en uno de esos textos suyos terriblemente escatológicos y crudos. Habla un feto (en *El entremetido*, *la dueña y el soplón*, o *Discurso de todos los diablos*), quejándose de su situación en el seno materno:

Nueve meses he de alimentarme del asco de los meses; y la regla, que es la fregona de las mujeres, que vacía sus inmundicias, será mi dispensera; andaré sin saber lo que me hago; antes de ver, lleno de antojos.

Naturalmente, aquí hay una de esas dilogías que tan magistralmente maneja Quevedo. Y nótese, de paso, el problema que al lexicógrafo le plantean estos casos de doble sentido: en rigor, ese texto puede citarse bajo dos acepciones de *antojo(s)*, la correspondiente a ‘gafas’ y la que da cuenta del significado ‘mancha de la piel’.

Pues bien, lo raro es que esa acepción, ‘mancha de la piel’, no vuelva a aparecer, según la documentación del *Diccionario histórico*, hasta una novela de

Delibes, *Mi idolatrado hijo Sisí*, que es de 1953. En este caso, puesto que hemos dicho que la denominación surge de una creencia popular, parece lógico que pensemos en el estado latente. Durante esos más de tres siglos, el uso habrá seguido vivo en el habla del pueblo, y por alguna razón no habrá aflorado a la lengua escrita —la única que podemos historiar—, a la lengua literaria en sentido amplio. También podría haber ocurrido en este caso, desde luego, que una conjunción de factores hubiera propiciado una anómala laguna en la documentación disponible para la redacción de este artículo.

En ocasiones, un diccionario histórico puede ser un observatorio privilegiado desde el cual, examinando la documentación que para tal o cual palabra o significado se brinda —cronológicamente ordenada—, detectar influencias, incitaciones, fuentes... y hasta algún plagio. Al ver determinados textos puestos uno junto a otro se descubre la razón de ser de eso que llama la moderna jerga crítica (y también, recientemente, algún desaprensivo) intertextualidad.

He aquí un par de ejemplos que arrancan de pasajes de Quevedo. Don Francisco usa el adjetivo *angosto*, con la significación de ‘delgado’ y aplicado a personas, en un par de ocasiones: en las *Cartas del Caballero de la Tenaza* y en el *Sueño de la muerte*. Poco después aparece en Castillo Solórzano (*Jornadas alegres*). ¿Influencia o casualidad? Lo que seguramente no es casualidad es que aparezca nuevamente, ya en el XVIII, en Torres Villarroel, precisamente en sus *Visiones y visitas con Don Francisco de Quevedo por la Corte*, pues es sabido que Torres tenía a nuestro autor en la uña. Desde ahí, el uso de *angosto* ‘delgado’ salta hasta un escritor costumbrista del XIX, Cipriano Arias, uno de los colaboradores de *Los españoles pintados por sí mismos*. Tampoco en este caso la influencia de Quevedo es imposible, aunque sí más difícilmente demostrable.

También permite descubrir el *DHLE* que el hallazgo quevediano de usar —al menos hasta en cinco ocasiones— *anochecido* con el valor de ‘oscuro’ podría explicar que hagan otro tanto Juan de Espinosa Medrano en 1679, el P. Isla en 1746 y Menéndez Pelayo en 1884. Al menos en el caso del primero de estos tres autores la deuda es evidente, pues habla de la «tez anochecida» de los etíopes, con sintagma idéntico al que don Francisco emplea en un prodigioso pasaje de *La Hora* sobre la belleza de las mujeres de color: «Nuestras mujeres solas [las negras], contentas con su tez anochecida, saben ser hermosas a oscuras, y en sus tinieblas, con la blancura de los dientes esforzada en lo tenebroso, imitan, centelleando con la risa, las galas de la noche»³⁹.

³⁹ Ed. Bourg-Dupont-Geneste, pág. 316.

LA LEXICOGRAFÍA NO ACADÉMICA

Fuera del ámbito de la Academia no es mucho lo que se ha hecho en España por lo que a la lexicografía con documentación textual se refiere. En cualquier caso, la riqueza léxica de Quevedo siempre ha dejado abierta la posibilidad de que textos que escaparon a la consideración de *Autoridades* fueran aducidos por otros lexicógrafos.

Así, en el XVIII, el *Diccionario castellano* de Terreros, que no es propiamente un diccionario de autoridades, pero que a veces sí da referencias textuales, remite, s. v. *badajada*, a un soneto de la «Talia» quevediana en que esa voz vale, dilógicamente, ‘golpe del badajo de la campana’ y ‘tontería, necedad’ (en ed. Blecua, II, pág. 38).

Un nuevo caso de hápax quevediano nos lo depara *amurcón* ‘que embiste con los cuernos’ (derivado de un verbo *amurcar* que también usa Quevedo). Es un uso humorístico y ocasional que ocurre en *El siglo del cuerno*: «los protocornudos y amurcones generales». Registró la palabra, con este texto, el *Diccionario enciclopédico hispanoamericano* de la editorial Montaner y Simón en 1887, de donde pasó al Suplemento del *Diccionario* de Zerolo. Y consta en los dos diccionarios históricos de la Academia.

Hubo también en el XIX lexicógrafos que, movidos por un afán coleccionista y de exhaustividad, y con *Autoridades* delante, decidieron recuperar «quevedismos» que, figurando en *Autoridades*, habían sido excluidos, como ya sabemos, del diccionario usual. Así lo hizo, por ejemplo, Salvá en su *Nuevo diccionario de la lengua castellana* (1846), y otros diccionaristas le imitaron.

Un curioso espécimen de lexicógrafo que se ha dado ocasionalmente en España es el del «rebuscador» de palabras inusitadas en textos de la época clásica. Pienso en repertorios como *Palabras y acepciones castellanas omitidas en el diccionario académico* (1906) del P. José Manuel Aicardo, el *Rebusco de voces castizas* (1907) del P. Juan Mir y Noguera o las *Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico* (1923) de don Francisco Rodríguez Marín. Lógicamente, Quevedo está presente en esas colecciones, aunque, seguramente, menos de lo que *a priori*, y habida cuenta de su probado casticismo, cabría esperar⁴⁰. La razón hay que buscarla en el hecho de que la producción quevediana estuviera ya bastante «peinada» por la lexicografía académica, vale decir, por *Autoridades*.

⁴⁰ Aicardo, en concreto, dice de la colección que presenta: «Su núcleo y parte principal, me parece que su mitad, lo componen vocablos de Lope de Vega, cuya lengua está hoy día tanto o más fresca que la de Quevedo y mucho más desconocida que la de este, sin duda por la persecución sufrida por Lope, por la rareza de sus ediciones y por lo infinito de su producción» (pág. 10).

REPERTORIOS DEL LÉXICO QUEVEDIANO

Finalmente, voy a referirme a dos repertorios lexicográficos que se basan exclusivamente en la obra de Quevedo y están dedicados, por tanto, a inventariar su léxico (o parte de él). Uno de ellos es apenas conocido por haber quedado inédito, y es de justicia mencionarlo aquí por muchas razones, entre ellas la de haber sido aprovechado para la parte publicada del *Diccionario histórico de la lengua española*.

No fue su autor un profesional de la Filología, y, sin embargo, prestó a la española importantes servicios. Se trata de don Carlos Fernández Gómez, una persona de la que apenas sabemos nada, salvo lo que salta a la vista: que tenía una extraordinaria capacidad de trabajo y un inmenso amor por la lengua española. Don Carlos Fernández Gómez decidió dedicar a esta pasión todo su tiempo libre, recopilando el léxico de nuestros clásicos durante miles y miles de horas de trabajo, a lo largo de muchos años.

El 19 de noviembre de 1953 la Academia convocó uno de sus premios, el de la Fundación Conde de Cartagena, destinado a quien mejor hiciera un «Vocabulario completo de las obras de D. Francisco de Quevedo, con indicación de las diferentes acepciones de cada vocablo y la correspondiente cita del texto en que se hallan»⁴¹.

El plazo de presentación de los trabajos era de tres años, es decir, se cerraba en noviembre de 1956. Sabemos que solo se presentó un original al premio⁴², que fue a parar a ese candidato único, según fallo emitido el 13 de junio de 1957⁴³. Se trataba de Fernández Gómez, que cobró el importe estipulado: 20.000 pesetas. Cifra, desde luego, mucho más respetable que hoy, pero irrisoria, como enseguida veremos, para el trabajo realizado.

Lo sorprendente es que cuando en 1955 la Academia convocó un premio similar para vocabularios de Cervantes⁴⁴, también lo ganó, en 1959, don Carlos Fernández Gómez⁴⁵. Y cuando en 1963 la Corporación convocó otro más, esta vez en nombre de la Fundación Rivadeneira y de tema libre⁴⁶, nuestro abnegado recopilador, ni corto ni perezoso, acometió su proeza máxima: un léxico completo de Lope de Vega. Naturalmente, en 1967 se alzó también con ese premio, al que, como en el caso de la convocatoria cervantina, fue el único en

⁴¹ BRAE, XXXIII (1953), págs. 471-2.

⁴² BRAE, XXXVI (1956), pág. 485.

⁴³ BRAE, XXXVII (1957), pág. 311.

⁴⁴ La convocatoria habla en esta ocasión de un «Vocabulario completo de las obras de Cervantes, excluido el *Quijote*», BRAE, XXXV (1955), pág. 461.

⁴⁵ BRAE, XXXIX (1959), pág. 178.

⁴⁶ Para un «trabajo original e inédito sobre cualquier tema filológico, gramatical o léxico referente a la lengua española en general, o la de alguno de sus buenos escritores», BRAE, XLIII (1963), pág. 609.

presentarse⁴⁷. Lo que trabajó este hombre durante aquellos años es sencillamente pasmoso.

La Academia recompensó a Fernández Gómez no solo con los premios, sino también con la publicación del *Vocabulario de Cervantes* en 1962⁴⁸ y del *Vocabulario completo de Lope de Vega* en 1971, este último en edición más modesta (reproducción en *offset* del mecanoscrito) debido a la envergadura de la obra, tres gruesos tomos en folio.

En cambio, el primero de los tres trabajos que llevó a cabo aquel esforzado concursante, el *Vocabulario de las obras completas de Don Francisco de Quevedo Villegas*, quedó inédito. Las papeletas de don Carlos, escritas a máquina, pasaron a los ficheros de la Academia, y allí se conservan. Sin embargo, es más fácil y cómoda la consulta de un ejemplar de la obra en folios que, mecanografiado y encuadernado en tres gruesos volúmenes, se conserva en la sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms. 21521-3).

El principal inconveniente del trabajo de Fernández Gómez es que se basa en un texto no muy fiable: el de las *Obras completas* de Quevedo, en los dos volúmenes preparados por Luis Astrana Marín y publicados por Aguilar en 1932. Pero ¿qué otra posibilidad tenía entonces el recopilador? Al lexicógrafo no podemos pedirle milagros, no podemos exigirle que haga, además de su propio trabajo, el que previamente deberían haber hecho los filólogos. Aun así, Fernández Gómez se esforzó en lo que pudo, hizo «varios cientos de cotejaciones de los textos primitivos, en todos aquellos casos en que la dicción resultaba poco clara o queríamos estar absolutamente seguros de la grafía de las voces» (pág. XI).

Acaso los defectos de la edición de base influyeron en el hecho de que este *Vocabulario* no se publicara. De otra parte, hay una característica que lo diferencia asimismo de los de Cervantes y Lope. En aquel, el primero que hizo, y siguiendo lo exigido por la convocatoria del concurso, se precisan los significados de cada palabra, siguiendo el diccionario común de la Academia. Esto debió de ocasionarle a Fernández Gómez no pocos quebraderos de cabeza, y muy justificados, pues muchas palabras y acepciones no figuraban en dicho diccionario. En el caso de Cervantes y en el de Lope pudo simplificar la tarea, pues aquella exigencia no aparecía en la convocatoria de los concursos: la estructura de los artículos es, en las dos obras publicadas, más sencilla, pues consta cada uno del lema y, a continuación, sin más, una sucesión de textos, que

⁴⁷ Cfr., respectivamente, *BRAE*, XXXVIII (1958), pág. 453, y XLVI (1966), pág. 558.

⁴⁸ Aunque, como hemos dicho, el premio convocado en 1955 y ganado por Fernández Gómez dejaba fuera el *Quijote*, el libro recoge un vocabulario cervantino completo: «El presente trabajo —explica el autor— es el resultante de la unión de otros dos sobre el vocabulario de Miguel de Cervantes: uno, el del *Quijote*, y el segundo, el de las restantes obras. Este último galardonado en 1959 por la Real Academia Española de la Lengua con el premio de la Fundación del Conde de Cartagena» (pág. IX).

tratan de reflejar, eso sí, la gama de significados de la palabra —también las expresiones pluriverbales en que entra—, pero sin especificarlos ni enunciarlos. El hecho, pues, de que los repertorios cervantino y lopesco fueran algo menos ambiciosos, o más bien menos comprometidos, que el quevediano, los hizo acaso más publicables.

Lo fundamental de estas tres obras es que aspiran a dar cuenta, salvo error u omisión —que, *inevitablemente*, se producen—, de cualquier palabra usada al menos en alguna ocasión por Quevedo, por Cervantes o por Lope. Cuando se trata de palabras de aparición reiterada, lo que ofrecen las compilaciones de Fernández Gómez, naturalmente, frente a las concordancias o los vocabularios hechos por medios electrónicos, es una selección de ocurrencias.

No es necesario encarecer la utilidad y el interés —y las limitaciones— que ello tiene, y el gran mérito de haberlo llevado a cabo sin desmayar. Por eso quisiera rendir desde aquí un homenaje de admiración a ese discreto y abnegado galeote de la lexicografía, hoy tan olvidado, que fue don Carlos Fernández Gómez. Conmueve leer los prólogos de sus obras, en los que, con sincera modestia, dice, reitera, que no se siente la persona más preparada para llevar a cabo semejante trabajo, pero que, si nadie lo hace —o en tanto alguien lo haga mejor—, a él no le falta entusiasmo para acometerlo. Carlos Fernández Gómez actuó movido por una especie de altruismo y patriotismo lingüísticos que estimo muy encomiables, y que ojalá fueran menos excepcionales entre nosotros.

Otra llamativa característica de los trabajos que llevó a cabo este singular personaje, y una nueva prueba de su laboriosidad, es lo que podríamos llamar su obsesión cuantitativista y contable. Pues, en efecto, además del trabajo que supone todo lo dicho, llevó a cabo recuentos minuciosísimos del léxico de los tres autores. Así, gracias a él sabemos que —de nuevo salvo error⁴⁹ u omisión— Quevedo emplea en toda su obra 16.889 palabras diferentes, de las que 1.945 no estaban incluidas en el diccionario de la Academia (edición de 1947, la vigente cuando hizo su trabajo); también ofrece el dato del número de acepciones y locuciones no incluidas en aquel: 3.454. Por su parte, Cervantes emplearía 12.372 palabras y Lope 21.590, cifras aproximadamente congruentes —lo que no quiere decir proporcionales, como es obvio— con la extensión de las obras respectivas. Extensión que, por cierto, Fernández Gómez también se tomó la molestia de cuantificar, lo que resulta ya sencillamente alucinante. Gracias a su paciencia inverosímil podemos saber cuántas palabras en total, una detrás de otra, escribieron los tres autores: Cervantes, 1.057.114; Quevedo, 1.433.727; Lope, 9.198.600. A muchos suscitará todo esto despectiva conmiseración, al considerar que las tareas en que aquel hombre emplearía meses las realiza hoy

⁴⁹ Piénsese, por ejemplo, en los problemas de atribución que afectan a algunos textos publicados como de Quevedo o Lope.

un ordenador en cuestión de segundos. Sí y no: que yo sepa, aún no tenemos a punto herramientas que nos digan sin error cuántas palabras diferentes hay en un texto dado; y por lo que se refiere al recuento de palabras o formas gráficas, el que hace cualquier procesador de textos cuenta dos en cada tiempo compuesto de un verbo, mientras que en un recuento manual pueden contabilizarse el auxiliar y el participio como una sola.

Todo lo cual está muy relacionado con las limitaciones de la última obra a la que me voy a referir, muy distinta en casi todo de la de Fernández Gómez y también, con sus propias características, sumamente útil. Se trata de los *Índices de la poesía de Quevedo*, realizados por los profesores Santiago Fernández Mosquera y Antonio Azaustre Galiana⁵⁰.

Estamos ante un listado alfabético, hecho mediante procedimientos informáticos, no de palabras, sino de formas gráficas. Por otro lado, frente a las concordancias —que en papel dan, o daban, volúmenes inmensos—, estos *Índices* no ofrecen para cada aparición ni siquiera un breve texto (un verso, en el caso de la poesía), sino meras referencias (número de poema y número de verso), de modo que el lector debe buscar los pasajes por su cuenta.

Saltan a la vista las diferencias con el trabajo de Fernández Gómez. Aquí se recoge solamente el léxico de la obra poética de Quevedo, no el de la obra toda. La mayor ventaja a favor de estos *Índices* es la de estar basados en una edición mejor que la de Astrana: la de José Manuel Blecua. A cambio, el mayor inconveniente es la ausencia de cualquier grado de lematización.

Con ello no pretendo restar utilidad al trabajo de Fernández Mosquera y Azaustre Galiana. Sus ventajas son evidentes: ninguna forma «se escapa»; y los inconvenientes que señalo son comunes a este tipo de recuentos electrónicos, aunque también es cierto que en algunos de los así realizados hay posibilidad de introducir ciertos factores de corrección que atenúan las enojosas consecuencias derivadas del mero registro de formas gráficas.

* * *

Como todo el mundo sabe, la lengua española es la lengua de Cervantes como el inglés es la lengua de Shakespeare o el italiano es la lengua de Dante. En consonancia con ello, la figura tutelar de la Real Academia Española es la del autor del *Quijote*, cuyo retrato (aunque falso) preside, junto con el del rey fundador, el salón de actos de la Casa.

El segundo lugar de honor en una especie de ideal jerarquía de las letras se diría que lo ocupa en la Academia don Francisco de Quevedo, o al menos así lo sugiere una escultura de mármol situada en el rellano de la escalera principal del

⁵⁰ Barcelona-Santiago de Compostela: PPU-Universidad de Santiago, 1993.

edificio. Ufanos por todo ello, ojalá que los manes de don Miguel de Cervantes y de don Francisco de Quevedo, los dos autores que más en cuenta tuvo la Academia al compilar el *Diccionario de autoridades*, estén lo suficientemente presentes en la Docta Casa como para inspirar en sus responsables la convicción de la absoluta y urgente necesidad de llevar a término el *Diccionario histórico*. El Señor de la Torre de Juan Abad no solo vería reflejada en esa obra su rica contribución al léxico de la lengua española, sino que además, cuando se llegase a la letra Q, tendría la satisfacción de que constara en ella la historia de una palabra que es la lexicalización de su apellido y que desde mediados de la segunda mitad del XIX se emplea para designar unas gafas redondas como las que él llevaba: los *quevedos*. No es poca gloria la que se ha granjeado aquel artista del lenguaje. Quevedo ha alcanzado el mayor honor que a un escritor puede caberle: el de convertirse en palabra⁵¹.

PEDRO ÁLVAREZ DE MIRANDA
Universidad Autónoma de Madrid

⁵¹ En el momento de concluir este trabajo me ha sido posible conocer, gracias a la amabilidad del profesor Manuel Ángel Candelas Colodrón, el que con el título «Quevedo y el *Diccionario de Autoridades*» ha enviado él para su publicación en un homenaje a James O. Crosby. Me complace coincidir con el profesor Candelas en algunas consideraciones, y no colidir en ninguna: los dos trabajos son, venturosamente, complementarios; ojalá sean también estimulantes para los quevedistas y los lexicógrafos.